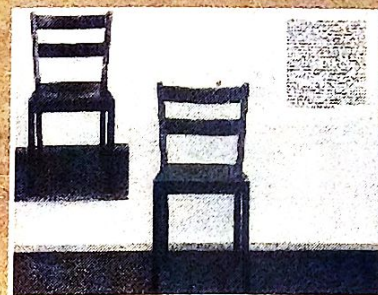


Nueva historia de la Literatura Boliviana

El destacado investigador Adolfo Cáceres, nos presenta con carácter primicial un adelanto del cuarto tomo de su "Nueva Historia de la Literatura Boliviana" referido al periodo modernista.



(CUARTA DE SEIS PARTES)

GREGORIO REYNOLDS: (1882-1948)

He aquí un Poeta en toda la extensión de la palabra, y no porque sólo escribiera poesía, ni por lo abundante y variado de sus temas, sino porque en cierto modo él vivía por y para la poesía; así consideraba que gran parte de sus experiencias eran objeto de poesía: la naturaleza, las personas, las ciudades, las cosas; más aún sus ideas, pesadillas y ensueños, en fin cuanto formaba parte de su diario vivir. Por ello cuando escribía, no sólo expresaba sus emociones y sentimientos, sino que lo hacía con la palabra justa. Es la razón por la que ninguno de sus críticos duda en considerarlo un sonetista por excelencia; entonces, no es raro que el Gobierno le encomendara —por Decreto Ley— escribir un canto de homenaje al Primer Centenario de su Patria. Era el poeta del momento, accesible, dispuesto a brindar su talento por aquello que él consideraba importante. Era el poeta de «La Mañana», soneto que estaba en muchos de los libros de lectura de los escolares bolivianos. Así, sin más título que el de Poeta, también llegó a ser Rector de la Universidad de San Francisco Xavier, la más antigua de Bolivia; llegó a representar al país como Cónsul en Jujuy, Argentina, y en el Brasil fue Secretario y Encargado de Negocios de Bolivia, trabajando junto a Jaimes Freyre; luego también fue nombrado Jefe de la Sección de Fomento, en el Ministerio de Gobierno y, en algo más afín a su temperamento, fue Secretario de la Inspección General de Instrucción Secundaria; a pesar de todos esos cargos, murió pobre, sustentándose con una pensión vitalicia que le asignó el Gobierno, poco antes de su deceso. No fue un político ávido de lucrar, ni cuando fue nombrado Jefe de la Sección de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores ni en ninguna otra situación de privilegio; era un fiel servidor de su país, al que honró y enalteció con su obra. Sus contortados de «La Mañana» le habían puesto el seudónimo de «Bolivia».

El Poeta Gregorio Reynolds, así Poeta, con mayúscula, vino al mundo el lunes 6 de noviembre, de 1882, en la ciudad de Sucre, y se marchó para siempre el domingo 13 de junio de 1948, en La Paz. En sus exequias fúnebres, Costa du Rels recordó cómo lo había conocido, asiduo al grupo de redactores de «La Mañana», que dirigía Claudio Peñaranda. La valoración de Costa du Rels, a pesar de las circunstancias, es una de las más justas que encontramos entre sus contemporáneos, cuando dice: «Hablo tan sólo del hombre, del artista que, rompiendo los moldes añejos del romanticismo sonoro, pudo captar el alma misma de nuestra tierra. La captó en estrofas musicales que vivirán mientras haya bajo este cielo un ser viviente que comprenda y que sienta. Hermoso, hermoso en verdad es el destino de quien supo y pudo ser el atalaya de nuestras cimas andinas y el interprete de nuestros paisajes. Abierto y atento a todos los efluvios del horizonte patrio, cantó la ruda belleza del Altiplano, el ardor panteísta de nuestras selvas benianas; se inclinó sobre la árida vida del Indio, sobre su choza, sobre su llama... Su verbo compasivo fertilizó la tierra avara, y este descendiente de celtas y de vascos, consiguió dar a su quena quechua las modulaciones desgarradoras de nuestro viento en las matas de paja brava...» El que no siempre lo entendió de esa manera fue Fernando Díez de Medina, que consideraba que Reynolds probaba «escuelas y tendencias con fortuna desigual». Lo cierto es que no era un buscador de tendencias y menos de escuelas, pero sí se hallaba disconforme con sus logros; sin embargo, le habría bastado El Cofre de Psiquis (1918) para inmortalizarse, pero él quería más y mientras tuviera un hábito de vida seguiría escribiendo. Carmen Castillo, poetisa chilena

na que penetró en su mundo, dice: «En su acento tan hondamente transido de grandiosidad creadora, de intensidad vital, se siente el escalofrío de la emoción sufriente del creador en trance de belleza genial». Escalofrío que también sintiera Victor Hugo, luego de leer Las Flores del mal, de Baudelaire. Cabe aclarar que Reynolds no tenía formación académica, era autodidacta y muy intuitivo. Su dominio de la Gramática y de la Retórica era admirable.

Por otra parte, los tópicos referenciales de su vida —que maneja la mayoría de sus biógrafos—, al igual que en otros poetas del modernismo boliviano son más de carácter anecdótico, como el que asistiera a unas sesiones literarias en Sucre, sin que nadie se percatara de su talento; hecho que para Francovich es «singular», especialmente porque Reynolds recién se diera a conocer en el ámbito de las letras, ganando un certamen de Poesía a los 31 años de edad, siendo considerado por ello «poeta tardío», sin tomar en cuenta que él, como cualquier otro creador innato, había nacido para la poesía; y que por lo tanto estaba mejor dotado que los bullangueros literatos de «La Mañana», de los que apenas ahora se guarda memoria; o que, por Decreto Ley, el Gobierno de la nación le encargara escribir un homenaje poético de conmemoración al Primer Centenario de la Fundación de la República. En fin, son pasajes que han cobrado cierta repercusión, en el esbozo de su vida, pero que no son esenciales para aquilatar la magnitud de su obra; la misma que, curiosamente, fue ignorada por algunos de los modernistas de su tiempo, especialmente por Ricardo Jaimes Freyre, Franz Tamayo y aún Carlos Medina Celis, quien en un artículo sobre «El soneto», cita a varios poetas menos a Reynolds. Los que sí lo estudian con bastante cuidado son: José Eduardo Guerra, Juan Francisco Bedregal, Saturnino Rodrigo, Rigoberto Villarreal Claure y, en nuestros días, Enrique Finot, Guillermo Francovich, Augusto Guzmán y Eduardo Miltre. Entre los extranjeros, expresaron admiración por su obra poética: Amado Nervo, Arturo Capdevilla, Francisco Villalpessa, José Santos Chocano, Enrique Díez Canedo, Ventura García Calderón y Carmen Castillo.

«El Mendigo»

Curiosamente éste es el poema con el cual Reynolds se dio a conocer en el mundo de las letras, ganando los Juegos Florales de La Paz, en 1913, y del que sólo se tiene esa referencia en todos sus biógrafos y estudiosos. Nadie se ha ocupado de él, y si lo han hecho, no ha cobrado ninguna trascendencia. Ahora bien, en el conjunto de la obra de este poeta, no adquiere más notoriedad que el hecho de haber sido premiado, pero lo que a nosotros nos interesa es ver cómo empieza este poeta «tardío», a mostrarse al mundo.

«El Mendigo» es un canto en verso libre, de largo aliento. Descriptivo, narrativo y de exhortación virtuosa, va directo a la conciencia del lector. Reune un caudal de reflexiones en su reminiscente visión del mendigo, empezando en el «Vespertino crepúsculo / amoratada la luz en la calle». El escenario es la puerta del poeta, donde descansa o, más bien, yace el mendigo. La descripción de este anciano cobra relieve en los ojos, que serán evocados circunstancialmente en otras partes del poema. En una de ellas dice:

Tiene en sus pupilas
lápidas tumbales
la mirada muerta;
igual que a un cadáver,
la infinita tiniebla le envuelve
de lo inmensurable.

De pronto el anciano, añorando «horas tibias de paz, patriarcales», despierta y:

De repente sus manos se agitan

saltarinas y ágiles,
como si quisieran
desarticularse,
y en sus dedos que brincan
contráctiles,
como arañas frenéticas, glime
un arpa pesares...
Por la atmósfera quieta, entreobscura
desgranadas las notas se esparcen
llorando quimeras,
y el vibrátil dolor del cordaje
me infiltra la angustia
del arpa amigable,
que en el viejo regazo apoyada
parece que late
como un gran corazón estrechado
por brazos tremantes...

Y así, los arpegios de ese instrumento evocan acia-
gos recuerdos, a veces con sonos de guerra: «rugidos que
nacen / de la hedionda y húmeda / lobreguez de cuevas y
cárceles». Luego las desgracias del mendigo son cantadas
con reminiscencias eruditas:

Oh, inmenso infortunio!...
No parece sino que la carne
tomara revancha
del pecado inicial... Sólo el Dante
pudo haber su tortura descrito.
La Gorgona le envuelve en raigambre
de viboras. Como
Prometeo, no puede librarse
de su atroz cautiverio tantálico,
y para él han escrito dos vates:
Victor Hugo y el lúgubre Edgardo.
Y, perseverante,
cabalístico, el cuervo le grazna:
Never more... Ananke...

Como Adela Zamudio en su «¿Qué Vadis?», Reynolds
crítica a la Iglesia católica:

Esos treinta dineros que a Judas
por Cristo pagasen,
son el pozo de Airón y la caja
de Pandora: Sacrílegos frailes
de la estirpe falaz de Iscariote
—fariseos, que son dignidades—
multiplican la herencia en el boato.

El poema concluye con una piadosa exhortación de
piEDAD cristiana:

Por el Dios que ha probado el vinagre
y la hiel en la cumbre del Gólgota;
por la invicta sangre
del hombre celeste
que crucificaste;
por el justo Jesús, por el hijo
de la Virgen Madre,
ten piedad del famélico anciano
si a tu vera le vieres, viandante.

(Continuará)